



## Capítulo 516: Problemas mundiales

La Sala de Reuniones de los Cuatro Arcontes Demoníacos no parecía hecha de piedra ni de ningún otro material que pudiera existir en un mundo mortal. Era una sala colosal, sostenida por columnas vivientes—colosos retorcidos de carne y huesos negros, pulsando como corazones expuestos. El techo era interminable, disuelto en la oscuridad salpicada de estrellas rojas que se movían como ojos. Y en el centro, la mesa.

Redondo, macizo, formado por cristal de obsidiana que reflejaba los rostros distorsionados de los presentes, como si los mismos muebles se burlaran de ellos.

En los cuatro asientos del poder estaban sentados los Arcontes.

Amón permaneció inmóvil como una estatua, con sus ojos dorados brillando como soles incandescentes en su rostro oscuro. Su presencia era abrumadora, pero no con furia—sino con absoluta calma, como una espada que descansa antes de ser desenvainada.



Phenex parecía menos comedido. Sus alas incandescentes se extendieron, quemando el aire, su forma oscilando entre humana y bestial. Llevaba la sonrisa relajada de quien veía todo como un espectáculo, pero bajo sus ojos ardía una llama de cálculo.

Astaroth se reclinó en su silla, con las piernas cruzadas y su delgado cuerpo envuelto en ropas que se elevaban como humo. Sus ojos albergaban tanto encanto como locura— y era imposible predecir en qué dirección se inclinaría.

Y por último, Paimon.



A diferencia de las historias humanas que la retrataban como un príncipe masculino, allí estaba ella—, una mujer de cálida belleza y porte majestuoso. Vestida con túnicas plateadas y negras, coronadas con espirales de hueso, su aura exudaba autoridad. Su voz, cuando resonaba, era la de alguien que siempre sabía más de lo que ella revelaba.

Fue Amón quien rompió el silencio primero. Su voz, baja pero vibrante, resonaba como un trueno apagado.

"Quiero respuestas." "El mundo mortal está cambiando y algo grande se está desarrollando. Quiero saber qué."

Todas las miradas se dirigieron hacia Paimon. Se reclinó en su silla, levantó una mano pálida y el cristal de la mesa brilló, mostrando imágenes en movimiento.

"Ha estallado una guerra", comenzó con la voz cadenciosa. "Entre vampiros y hombres lobo. Nada nuevo hasta ahora, por supuesto. Pero la escala... es algo digno de contemplar."



El cristal mostraba desiertos interminables, el sol golpeando dunas de arena dorada. Al fondo se alzaban antiguas pirámides, cicatrices del tiempo que aún ostentaban el poder. Y allí, en medio de ese paisaje legendario, la batalla.

Pequeños grupos se enfrentaron. Hombres lobo en forma híbrida, con la piel brillando al sol y aullando ferozmente. Vampiros con sus túnicas oscuras, con los ojos rojos y los colmillos brillando mientras desgarraban la carne salvajemente. El campo de batalla fue una matanza sin orden, como una tormenta de sangre y acero.

Paimon continuó, sin cambiar de tono:



"El Rey Hombre Lobo decidió que era hora de eliminar a Alucard de una vez por todas. Llevaron la guerra al corazón del desierto, tratando de aplastarlo bajo su número."

Phenex apoyó la barbilla en su mano, mirando las imágenes como si fuera teatro.

"Naturalmente", comentó, con una sonrisa perezosa en su rostro. "Los lobos y los murciélagos han estado peleando desde antes de que los hombres aprendieran a caminar erguidos. ¿Qué hay de malo en un conflicto predecible?"

La pantalla de cristal tembló. La escena cambió.

El campo de batalla, ya devastado, ahora mostraba algo diferente. Cuerpos. Montañas de cuerpos. No sólo estaban muertos—fueron aniquilados. El desierto estaba manchado de sangre y los ejércitos... estaban desapareciendo.



Paimon se inclinó hacia adelante.

"Lo que pasa... es que no fueron ellos los que ganaron."

Un fuerte silencio cayó sobre la mesa.

"Entonces ¿quién?" Astaroth habló primero, su voz se arrastraba de diversión. "¿Algún tercer reino? ¿Humanos con juguetes nuevos?"

Paimon simplemente sonrió. Era una sonrisa torcida, llena de travesuras.



"No exactamente", respondió, y el cristal volvió a brillar.

Esta vez, las imágenes mostraban dos figuras.

Un vampiro.

Cabello largo, blanco como la noche, piel pálida iluminada por la luna, moviéndose con la gracia de una espada danzante. Sus ojos eran carmesí, pero no ordinarios—ardían con la intensidad de siglos. Cada uno de sus movimientos atravesó docenas de ellos y su velocidad la transformó en un espectro en el campo de batalla.

Y a su lado, un hombre lobo.

No cualquier hombre lobo. En forma híbrida, su cuerpo era ágil, feroz y devastador. Su piel cubierta de pelaje anaranjado, sus ojos azul verdosos que brillaban como esmeraldas. Sus garras destrozaron columnas de piedra y su fuerza arrasó sin esfuerzo filas enteras de vampiros y lobos.



Dos mujeres.

Dos fuerzas de la naturaleza.

Y, solos, devastaron todo el campo.

Phenex arqueó una ceja, intrigado.

"Curioso", murmuró. "Vampiro y hombre lobo... ¿juntos?"



Astaroth se rió a carcajadas.

"¿Amor prohibido? ¿Amistad improbable? ¿O simplemente odio compartido?"

Amón, en silencio, entrecerró los ojos. Su voz profunda rompió el aire:

"Reconozco el lupino. "La he visto antes."

Paimon asintió y el cristal se centró en la cara del lobo. Sus rasgos estaban medio ocultos bajo la sangre y el polvo, pero era inconfundible: joven, pero su expresión estaba grabada en la furia.

"Alexa Wykes", dijo Paimon, con un tono casi solemne. "Hija del Rey Hombre Lobo."

Hubo silencio inmediato. Incluso Phenex se inclinó y finalmente se interesó.

"Hija... ¿del rey?" repitió, con una breve risa. "Qué deliciosa traición."

Paimon continuó:

"Ella nunca tuvo ningún vínculo con el reino." Desde que asesinaron a su madre, Elizabeth Wykes, Alexa creció lejos de su propia raza. Vivía en Los Ángeles, completamente ajena a las intrigas y al legado que le pertenecían.

Amón cerró los ojos pensativamente.

"Así que ella es de sangre real... pero sin lealtad a la corona"





Phenex golpeó la mesa con los dedos y las llamas bailaron alrededor de su mano.

"Eso explica la fuerza. Pero no la motivación."

Sus ojos se volvieron hacia Paimon.

"¿Y el otro?"

El cristal cambió y ahora se centra en el vampiro. Sus ojos eran carmesí, su aura fría y letal. Avanzó entre cadáveres, sus movimientos recordaban a artes antiguas, danzas ceremoniales transformadas en masacres.

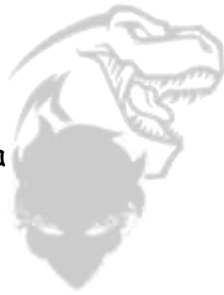
Paimon inclinó ligeramente la cabeza, como una maestra satisfecha con la respuesta más intrigante de la noche.

"Ella sólo tiene un nombre. Kaguya."

Phenex frunció el ceño. Astaroth sonrió aún más.

"Descubrimos que pertenecía a un clan de vampiros japonés", continuó Paimon.  
"Un clan que sirvió directamente a Alucard, hace siglos"

Las imágenes mostraban destellos de registros antiguos: símbolos orientales, sombras de guerreros vampiros, siempre en presencia de un trono ocupado por el propio Alucard. Y allí estaba ella, en cuadros antiguos, más joven, pero inconfundible.





"Y ahora..." Dijo Amón, con la voz aún más baja. "¿Qué hacen juntos dos enemigos naturales?"

Fue entonces cuando Paimon sonrió más ampliamente. No una sonrisa de alivio—sino de diversión.

Ella no respondió con palabras. Ella simplemente chasqueó los dedos.

El cristal brilló y la imagen cambió.

No era Alexa. No fue Kaguya.

Era él.

La cara de Virgilio.

La sala parecía temblar. Los ojos de Phenex se abrieron, Amón se quedó paralizado y Astarot... se rió.

Se rió a carcajadas, una risa repugnante, echando la cabeza hacia atrás. El sonido era casi insoportable, como cristales rotos.

"QUE TE JODAN..." Astaroth gritó y golpeó la mesa con la mano. La obsidiana se quebró pero no se hizo añicos. "¡QUE TE JODAN, PEQUEÑO REY DE MIERDA!"

Se rió aún más fuerte y las lágrimas brotaron de la risa.





JabraScan  
RexScan



Traducción : Leo

"¡MESES DE TRANQUILIDAD! ¡A MESES DE TODO! ¡Y TODAVÍA  
ENCUENTRAS LA MANERA DE CAUSAR PROBLEMAS, HIJO DE PUTA!

